

CUADERNOS

DE

CULTURA

INDICE

| | |
|---|-----|
| Índice | 4 |
| Homenaje de Esteban | 10 |
| Panel de Burgos | 15 |
| Celebración a la memoria de Juan Penadere del XXV aniversario del Partido Comunista de España. por Rafael ALBERTI | 20 |
| Cartas de Juan Penadere. Juan Penadere enfrente de la salud a Penadere. por R. ALBERTI | 25 |
| Canto al Partido. por Carlos ARCONADO | 30 |
| Canto a los presos. por Carlos PUEBLA | 35 |
| Canto a los presos. por Carlos PUEBLA | 40 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 45 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 50 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 55 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 60 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 65 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 70 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 75 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 80 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 85 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 90 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 95 |
| Carta a los presos. por Carlos PUEBLA | 100 |

N^o 4



CUADERNOS

DE

CULTURA

MINISTERIO DE CULTURA



La poesía española ocupa una trinchera, al lado del pueblo, en la batalla contra el hediondo régimen franquista, por liberar España de la tiranía más brutal, cruel y sanguinaria que ha conocido en la Historia. Tal es el significado y el alcance de los poemas que recogemos en este número de « Cuadernos de Cultura ». Poemas escritos, unos en la emigración, otros en el país, pero todos con un rasgo fundamental común: se ciñen a la trágica realidad de España, a la vida angustiosa de nuestro pueblo; no se limitan a describir lo que hoy es, sino que miran al mañana que será, y cantan la ruta gloriosa, llena de sacrificios y de luchas que conduce a ese porvenir mejor.

¿Poesía de partido? Indiscutiblemente sí. Poesía patriótica, popular, poesía comunista. Tal es la auténtica poesía española en este mediado siglo XX. « Vivimos en un siglo en que todos los caminos conducen al comunismo ».

Nos encontramos ante un nuevo resurgir de la poesía española, de una poesía de combate, de una poesía que exalta la lucha por la vida. Hoy lo que vive, lo que crece,

INDICE

| | página |
|---|-----------|
| Indice | 3 |
| Llamamiento de Estocolmo | 4 |
| Penal de Burgos | 5 |
| Celebración a la manera de Juan Panadero del XXX aniversario del Partido Comunista de España. por Rafael ALBERTI | 7 |
| Coplas de Juan Panadero. Juan Panadero envía su saludo a Pasionaria. por R. ALBERTI | 11 |
| Canto al Partido. por César ARCONADA | 14 |
| Carta a Dolores Ibarruri. por Carlos PUEBLO | 20 |
| Hiroshima. por Carlos PUEBLO | 25 |
| Oda española a Dolores Ibarruri por Juan REJANO | 29 |
| A Miguel Hernandez asesinado en los presidios franquistas. por Pablo NERUDA | 45 |

lo que tiene un mañana —y no sólo un ayer— es el pueblo, es la clase obrera, es el Partido Comunista. Y Dolores Ibarruri es el símbolo y la encarnación de ese mañana mejor, es el guía clarividente que conduce al pueblo hacia la meta victoriosa.

El franquismo es un régimen de cadáveres, aunque lleven botas y se pongan corbata. Y no encuentra quien sea capaz de escribirle ni una oda fúnebre en este intervalo que le separa de su definitiva sepultura.

La poesía tampoco puede estar por encima de la vida y de la muerte, al margen de la lucha. Eso es lo que querían los franquistas y lo que fomentan por todos los medios a su alcance, incluida la falsificación histórica y la mutilación de textos. Los asesinos de García Lorca y Miguel Hernández quieren ahora desvirtuar la personalidad y el contenido verdadero de la obra de esas figuras cumbres de la literatura de nuestra época. Lo mismo hacen con Antonio Machado. Incluso con algunos poetas que están en forzosa emigración. Les presentan como poetas «puros», «apolíticos», quieren separar su poesía de sus posiciones políticas, de su actitud ante la vida y ante la sociedad;

Intelectuales españoles:

¡Tomad posición en la lucha contra los peligros de guerra que nos amenazan, en la lucha por la paz y contra la bomba atómica!

Firmad el llamamiento de Estocolmo, suscrito ya por más de doscientos millones de hombres en todo el mundo, y en el que se dice:

EXIGIMOS la prohibición absoluta del arma atómica, arma de terror y de exterminio en masa de la población.

EXIGIMOS el establecimiento de un control internacional riguroso para asegurar la aplicación de esta medida de prohibición.

CONSIDERAMOS que el gobierno que fuese el primero en utilizar el arma atómica contra cualquier otro país cometería un crimen contra la humanidad y debería ser considerado como criminal de guerra.

Invitamos a los hombres de buena voluntad del mundo entero a firmar este llamamiento.

separar el contenido de la forma, su poesía de su ideología.

¡Maniobra tan baja como vana! a la que no sólo contestan poemas como los que aquí publicamos, sino contra la que se levantan los muertos con los trazos imborrables de su obra y de su vida. De hecho la maniobra se vuelve contra los que la intentan. Hoy, entre la juventud estudiantil, los jóvenes poetas, escritores, etc. se habla mucho de Machado, de Lorca, de Miguel Hernández, de Alberti... ¡Pero que no se hagan ilusiones los falsarios y plumíferos franquistas! El Antonio Machado, el Miguel Hernández... en los que se inspiran y hacia los que proclaman su admiración muchos jóvenes de hoy no son las figuras amorfas que de ellos han pretendido diseñar un Ridruejo o un Lain Entralgo cualquiera. Es el Antonio Machado poeta amigo de los comunistas, poeta combatiente de la causa republicana,

Poetas y escritores; intelectuales españoles:

¿Sabeis lo que está ocurriendo en el penal de Burgos?

Cientos de presos políticos antifascistas, entre los mejores hijos de España, sufren un régimen solamente comparable al de los campos de la muerte nazis. Un elevado porcentaje están tuberculosos y no reciben ningún cuidado. Otros padecen diversas enfermedades. Todos se están muriendo de hambre. Los carceleros fascistas les someten, con cualquier pretexto, e incluso sin pretexto, a las más salvajes torturas. Día a día, lenta y silenciosamente, el franquismo está cometiendo en el penal de Burgos un horrendo y monstruoso crimen. **¡HAY QUE IMPEDIRLO!**

¡Que se eleven los gritos de protesta de las conciencias honradas, de los corazones generosos, de todos los españoles con sentimientos humanos!

¡Ayudad por todos los medios a los heroicos presos del penal de Burgos!

¡Ayudad a las víctimas de la represión y del terror franquista!

poeta amigo de la U.R.S.S. Se admira a Miguel Hernández porque fue un poeta comunista. Se admira a Rafael Alberti porque es un poeta comunista. Este sentimiento puede no ser consciente en algunos jóvenes, pero es el fondo de su actitud. Los dos términos son inseparables, están indisolublemente ligados. ¿Qué decir de la admiración hacia Maiakovski o hacia Neruda?

Se habla mucho de las diversas vías que tiene ante sí la poesía española, del «problema» de nuestra poesía contemporánea. Este problema es fundamental y esencialmente un problema POLITICO. La única salida está en tomar partido. Ocupar una trinchera, por modesta que sea, en la lucha del pueblo español contra el franquismo que es la lucha por la libertad, por la paz, por la cultura y el progreso, por la República democrática. El único camino para el poeta español de hoy es escribir para el pueblo y para la lucha. No hay misión más bella ni más poética.

Sabemos las dificultades que ello representa. Dificultades y peligros de todo orden. Hay que afrontarlos. Felicitamos a los jóvenes poetas que de una u otra forma se las ingenian para expresar su rebeldía. Les invitamos a dar un paso más: a realizar publicaciones clandestinas para poder lanzar libremente al viento una poesía que refleje los verdaderos sentimientos del pueblo, para poder cantar la lucha de los españoles contra el franquismo, por la paz y por la República.

CELEBRACION a la MANERA de JUAN PANADERO del XXX ANIVERSARIO del PARTIDO COMUNISTA de ESPAÑA

Tomado, en que la España por Rafael ALBERTI
Juan Panadero dirigió una vez el
y yo con Juan Panadero
que hay más sol en este día.

**Hoy pido a Juan Panadero
su voz sencilla, esa voz
que no arde en mí cuando quiero.**

**Porque yo siempre quisiera
tener una voz tan clara
que hasta en la noche se viera.**

**Como el agua de la fuente,
labios de todos los labios,
copla de toda la gente.**

**Voz que para cantar hoy,
no siendo mía, corriera
también como lo que soy.**

**Y quiero esa voz y quiero
que tenga un són de martillo,
un duro són de minero.**

**Que también como una hoz
de doble filo relumbre
valientemente esa voz.**

7
Voz de campo, campesina,
hoz como rayo en el puño
que ningún puño domina.

8
Hoz y martillo, guadaña
y yunque, para cantar
al gran Partido de España.

9
Juan Panadero diría,
y yo con Juan Panadero,
que hay más sol en este día.

10
Hubo una lejana aurora
que al pueblo español le trajo
la luz por quien lucha ahora.

11
Estrella de los albores,
alba abierta en el camino
para los trabajadores.

12
Sueño de Lenin, su puro
sueño que a España le diera
también su Norte seguro.

13
Bandera que al corazón
del pueblo canta y tendida
lleva a la Revolución.

14
Un grito izado en el viento,
un mar que a las multitudes
arrastra en su movimiento.

15
Olas y olas y olas,
el Partido Comunista
por las tierras españolas.

16
Un oleaje, un destino.
Al aire, si es libre el aire,
y cuando no, clandestino.

17
Sin descanso, sin sosiego,
la vida heroica, la vida
siempre con la muerte en juego.

18
Temido, sin que le espante
lo más atroz de la sombra,
siempre adelante, adelante.

19
Y aquí mi voz a mi mano
le enciende, oro y hierro, el nombre
de un andaluz sevillano.

20
Clara pasión, llama entera
del pueblo fuerte de España,
honor de la clase obrera.

21
José Díaz, transparente
pan candéal, y en la sangre,
solo el Partido y su gente.

22
¿Quién no dice lo que digo,
sencillo y buen camarada,
hermano, jefe y amigo?

23
Que lo diga, ya que no
sabré decirlo, quien puede
decirlo mejor que yo.

24
Una flor martirizada,
flor de pasión que camina
siempre en la luz levantada.

25
La más hermosa y severa

flor, Pasionaria; el aliento
y el alma de una bandera.

26

Dos llamas vivas, dos nombres,
y tras su fe un poderoso
mar de mujeres y hombres.

27

Tiembla en la Banca el banquero,
que el Partido Comunista
ya es en la lucha el primero.

28

El requeté, el falangista,
que es ya en la lucha el primero
el Partido Comunista.

29

Tiembla el cobarde escondido;
los ciegos lobos que a España
tan tristemente han vendido.

30

¡La guerra! ¿Quién lo ha olvidado?
El Partido Comunista
fué siempre el mejor soldado.

31

Sólo un fijo pensamiento;
la victoria, y por las balas,
¡viva el Quinto Regimiento!

32

¡Madrid y Noviembre! El día
en que la flor del Partido
fué flor de la valentía.

33

Frente abierta, alumbradora;
claro ejemplo en la hora clara,
como en la más negra hora.

34

Esperanza verdadera
del duro español que dentro
combate o batalla afuera.

35

Un guerrillero en el llano,

un guerrillero en el monte,
y el aire, republicano.

36

Y en la España peregrina,
un guerrillero de España
que por España camina.

37

Que Franco no eche en olvido
que hoy en las sombras visibles
de España acecha el Partido.

38

Que nunca el sueño le impida
pensar que todo español
lleva una bala escondida.

39

Y aquí mi puño levanto
y, como Juan Panadero,
grito al final de mi canto;

40

¡Guerra y honor, paz y gloria!
¡Salud, Partido de España,
Partido de la victoria!

COPLAS DE JUAN PANADERO

**Juan Panadero envía su saludo
a PASIONARIA**

por Rafael ALBERTI

1

Su corazón guerrillero,
desde el corazón de España,
te envía Juan Panadero.

2

Corazón dentro de un hombre
como todos los que empuñan
en su desvelo tu nombre.

3

¡Lumbre que nos iluminas!

**Dolores de los mineros
en el fondo de las minas.**

38

4

**Bandera de los caminos,
Pasionaria de las manos
de los pobres campesinos.**

78

5

**Sol grande Estrella Polar,
Dolores de los obreros
de la tierra y de la mar.**

88

6

**Pasionaria del soldado,
Dolores del perseguido
y de los encarcelados.**

98

7

**Esperanza del que espera,
fe del que sufre destierro
luchando en tierra extranjera.**

04

8

**Alma de la reconquista,
fuego tendido en el viento
del Partido Comunista.**

9

**Madre buena, madre fuerte,
madre que para la vida
le diste un hijo a la muerte.**

10

**Odio del cobarde, dura
sombra del que aflige a España
en una mazmorra oscura.**

11

**Temor del que la condena,
del que la tiene sumida
en un castillo de penas.**

12

**Rencor del que a España ofende,
como el mal republicano
que sin salvarla la vende.**

13

Llore el que no te comprenda,

**sueñe el que no te conozca,
cante el que por ti se encienda.**

14

**No diga ¡Guerra!, que diga
¡Paz, Paz! valerosamente
el que sin miedo te siga.**

15

**No espere que el enemigo
pueda tenderle la mano
el que camine contigo;**

16

**que eres toda corazón
de sangre limpia por donde
no se arrastra la traición.**

17

**Que eres toda valentía,
Dolores de los dolores
de España y sus alegrías.**

18

**Te canta Juan Panadero:
por ti es más certero el tiro
del fusil del guerrillero.**

19

**Por ti el monte lo sostiene,
por ti marcha hacia la aurora,
por ti de la aurora viene.**

20

**Y pone su duro empeño
en darle al pueblo que sangra,
su sueño, tu mismo sueño.**

21

**Que el pueblo por ti ha gritado:
¡Más vale morir de pie
que vivir arrodillado!**

22

**Deja hoy que mi canción,
desde el corazón de España
te mande su corazón.**

CANTO AL PARTIDO

por César ARCONADA

Donde haya un pecho que inflamado clame
por una patria libre en sus destinos,
por una España independiente y grande,
por que surja, fecundo, con su brillo
un sol de verdadera democracia,
¡allí está el Partido!

Donde el más leve aliento haya de lucha,
donde haya un brote de rebeldes bríos,
haciéndolos crecer para que granen
¡allí está el Partido!

Donde haya un corazón que diga: ¡Patria!
donde se oiga de libertad un grito,
donde humillado ser pida justicia,
¡allí está el Partido!

Donde haya un alma de valientes ánimos,
donde una voz acuse al enemigo,
donde haya un hombre honrado y un patriota,
¡allí está el Partido!

Allí está en minas, fábricas, talleres,
en pueblos, en ciudades, en cortijos,
en serrijones ásperos y valles
de austeros chopos y bullentes ríos,
en nuestra amada España, en nuestra Patria,
¡allí está el Partido!

Y está aquí, y está allá, y en todas partes
donde fuera de España, España ha ido
batida por infamias y traiciones,
despedazada en sin igual martirio
está donde haya un pecho generoso,
un corazón manando odio y cariño,
un alma pura de español honrado
que ame a su Madre-patria como un hijo;
donde haya una partícula de España,
¡allí está el Partido!

Y es tan rebelde y grande su volumen,
que es imposible en cárcel recluirlo,
tan inmortal su vida, que no pueden
matarlo pelotones de asesinos;
tan duro es el acero de su alma,

que los golpes jamás mellan su filo.

¡Gloria, gloria al Partido!

Corazón y vanguardia abanderada
de nuestra clase obrera, ancho camino
de libertad a los que el campo labran,
fuerza de un infinito

aliento de verdad y de justicia,
eco del pueblo, estrella de su sino,
guía de esforzados luchadores,
¡gloria al Partido!

Escuela de indomables voluntades,
constante, inmensa forja al rojo vivo
de donde salen hombres con un temple
de acero, y dulce corazón de niño,
hombres cuya memoria guarda el pueblo,
cuyos nombres se dicen con cariño,
cuyas hazañas cantan los poetas,
cuya vida es ejemplo de heroísmo;
hombres como Gayoso, Larrañaga,
Roza, Carrero, Vilaboy, Cristino...
¡carne y sangre del pueblo, alma de España,
y gloria del Partido!

Todos los días veo estas estrellas
rojas del Kremlin alumbrar caminos.

Lenin las encendió con sus profundas
ideas, inmortales en los siglos.

Cada instante su luz llega más lejos,
cada vez al fulgor le hacen cobijo,
en todo el mundo nuevos corazones
de hombres sencillos...

Todos los días pienso que en el Kremlin
vive el hombre más grande y más querido
de la Tierra, porque en la tierra siembra

el grano del futuro comunismo,
porque al negro y al blanco,
al de oscuro color y al amarillo,

al pobre, al explotado, al sin derechos,
les dice: Hombres, y los llama amigos...

¡Y la gloria de Lenin y de Stalin
es gloria del Partido!

Todos los días oigo las solemnes
y emocionantes notas de su himno;
sus vastos aires de diversos climas,
que olean libres tierras, los respiro;

veo a los titanes que construyen
la nueva sociedad del comunismo;
eterna primavera de creación
y fe en el hombre y en sus fuerzas, vivo.
¡Y cuando pienso en ti, oh gran Unión Soviética,
pienso en la eterna gloria del Partido!

Como ola gigantesca,
la libertad ensancha sus dominios;
se alzan los pueblos, y cadenas rompen;
despunta un nuevo sol, en dones rico,
y lo que ayer prisión era del hombre
hoy son al hombre espacios infinitos;
su fuerte pecho ensanchan las montañas,
su gozosa canción cantan los ríos,
el Vístula y el Oder y el Danubio,
el Río Azul de China en el Pacífico,
a nuestro humilde Manzanares dicen:
¡salud, pequeño hermano dolorido,
primer soldado-héroe en la primera
batalla contra el bárbaro fascismo,
lucha sin fin, nosotros te ayudamos,
lucha hasta vencer al enemigo,

nuestro hermano mayor, la Unión Soviética,
te ayuda con su inmenso poderío
y ha de ayudarte —igual hizo a nosotros—
a romper tus cadenas de cautivo!...
Y el héroe-soldado, Manzanares,
que sabe por su historia de heroísmo
dónde la fuente está de la victoria,
dónde el rico hontanar del patriotismo,
repite en su murmullo peñascoso:
¡Gloria al Partido!

Di tú, Guadalquivir, y tú, Sevilla,
y vosotros, obreros cargadores,
y albañiles, peones, panaderos,
decid quién fué aquel hombre,
el más fiel compañero, el más amigo,
el más valiente, el más justo y el más noble,
decid quién fué el obrero José Díaz,
hablad sobre sus luchas y prisiones,
referid su valor y su entereza,
contad sobre su amor hacia los pobres.
Otros dirán quién era el comunista,
cuáles sus anchurosos horizontes,

de qué temple la forja de su acero,
de qué atrayente son era su bronce,
qué caluroso nido de leales
sentimientos, ideas y opiniones
era su pecho, de honradez forjado,
como español mejor entre mejores;
otros dirán con qué esforzadas luchas,
él y Dolores,
dieron vida al Partido, y juntos dieron
un rumbo al pueblo y para España un norte;
referirán algunos el alcance
que tuvo el Frente Popular entonces,
y cómo esta bandera, José Díaz
enarbola y en todas partes pone;
nos hablarán de Asturias, de heroicos
mineros, de tormentos y horrores,
de José Díaz y Dolores yendo
aquí y allá clamando con sus voces
castigos a los bárbaros desmanes
y justicia a los pobres;
otros dirán de su expedita mano,
de su clara visión y sus razones,
de tres años de guerra y de consejos
para rendir a la victoria honores;
otros dirán... Yo sólo decir quiero:
este hombre tan sencillo, este gran hombre,
espejo de honradez y simpatía,
este varón preclaro entre varones,
este gran comunista staliniano,
forjador del Partido con Dolores,
reposa de su vida y de sus luchas,
como un gran capitán en la alta noche,
bajo la amiga tierra de Georgia,
entre hálito de mirtos y de flores;
mas no tienen reposo sus ideas,
y la bandera roja de su nombre
arde en miles de pechos comunistas,
en miles de acendrados españoles,
que al decir José Díaz,
como al decir Dolores,
la eterna gloria del Partido cantan
y en el alma del pueblo fiesta ponen,
y llaman a luchar, que un alba nueva
despunta, para el pueblo, en los alcores.

Padre de todo, tú, pueblo español,
madre de todo, tú, mi dulce España,
desde la hoguera pastoril y agreste
donde por vuestras bodas se bailara,
hasta la cárcel tenebrosa de hoy,
donde vivís entre coraje y lágrimas,
qué larga y afanosa vuestra vida
y cuántos sufrimientos y esperanzas,
y con cuántos esfuerzos y dolores,
en afanosas luchas milenarias,
habéis parido y defendido todo
de la rapaz codicia de las zarpas.
Vuestros son los viñedos y olivares,
vuestros los valles, vuestras las montañas,
vuestras las minas, vuestros los ganados,
vuestro, desde el palacio a la cabaña,
desde el peñón de Gibraltar al sur
hasta los pétreos límites de Francia,
vuestro es todo lo que habéis creado,
vuestra es la gloria de cien mil hazañas,
vuestra la canción que nos acuna
y los bailes que las mozas bailan,
y los bellos idiomas en que hablamos,
y esas letras que unidas dicen Patria!
Grande es la hacienda, ricos los tesoros,
pero grande también es la desgracia:
en harapos vivís, como criados,
para vuestro dolor, no tenéis nada.
Padre de todo, tú, pueblo español,
madre de todo, tú, mi dulce España,
penosa es vuestra vida prisionera,
triste vuestro dolor, la pena amarga,
mas ya podéis decir ¡salud! al júbilo
y despedir por siempre a la desgracia,
que ya creada está la roja chispa,
que ya esta chispa primitiva es llama,
que pronto va será la llama incendio
y vuestra libertad tendréis ganada.
Fecundo fué en el tiempo vuestro halito,
creadora y ubérrima vuestra alma,
mas lo mejor de toda vuestra obra
tiene un nombre: ¡Dolores, «Pasionaria»!
Es carne de tu carne, pueblo nuestro,
es sangre de tu sangre, madre España!
Lo mejor de vosotros está en ella,

vuestras grandes virtudes, de ella mañana,
es la expresión de vuestras ilusiones
y el regazo de vuestras esperanzas.
Ella, mejor que nadie, os comprende;
con el más hondo amor, ella os ama.
Es el valor sin par del guerrillero,
es la fe del más puro camarada,
el filo sin mellar del comunista,
la firme voluntad del que batalla,
la entereza del preso ante los jueces,
el dolor de las madres ultrajadas,
la cólera del pueblo ante el tirano,
la voz de la justicia que demanda.
Es la madre más tierna y más solícita,
y el más severo juez contra los sátrapas;
puede ser el remanso más tranquilo
y el airado furor de la borrasca;
es rígida impiedad para los unos,
para los otros es bondad y gracia;
airada imprecación al enemigo,
para el pobre las más dulces palabras.
Padre de todo, tú, pueblo español,
madre de todo, tú, mi dulce España,
al crear a Dolores
habéis creado vuestras propias alas,
tendréis dentro de poco el más querido
don que en el mundo existe, el que más se ama,
tendréis la libertad, y nueva vida
se abrirá para todos, como un alba.
Volverán a vosotros las riquezas,
vuestra será la solariega casa
donde todos nacimos, donde a todos
nos esperan afanes y jornadas.
Pero no existirán ya los tiranos,
cercenadas serán las sucias garras
extranjeras, que siempre codiciosas,
sobre vendidas tierras hoy se elavan.
¡Ya tú serás amo de todo, pueblo!
¡Ya tú serás madre entrañable, España!
Sí, llegará este día venturoso,
porque la vida marcha hacia un mañana
de libertad y triunfo de los pueblos,
porque en el Kremlin las estrellas hablan
de fe en el hombre y en sus grandes fuerzas.

porque Stalin dirige la batalla,
porque los hombres libres ya son muchos,
porque pesan ya mucho en la balanza.
Y sobre todo, pueblo, porque luchas,
por tu heroísmo sin fin y por tu audacia,
porque amas a Dolores
y en el Partido tienes confianza.
Sí, llegará ese día venturoso,
con cielo de triunfales resplandores,
donde en sonoro grito el pueblo diga:
¡Gloria, gloria al Partido Comunista!
¡Gloria, gloria a Dolores!

Carta a Dolores IBARRURI

por Carlos PUEBLO

Camarada, quisiera — hoy olvidarme
del tiempo al escribirte.

Sólo gritos
como disparos, sólo la cal viva
de las blasfemias, rota sangre pobre,
y alucinados rostros en la arena
del hambre — sólo eso
podría contarte, si al momento acudo.
Y yo quisiera ver estas palabras
llevándote no el viento
pestífero y la náusea, el crujido
de tanta rama seca, no la polvareda
sucia de los cobardes, sino, vivo,
el coraje, como una espada roja
del luchador aquí y ahí y allí, el árbol
arraigado y hercúleo, la invencible
fuerza multiplicada
en el gran bosque humano.

Desde España, tú sabes, es difícil
decir esto: la vida, el entusiasmo,
el desprecio, la ira, casi siempre
se ocultan. ¿Ves? La vida,
de si misma hace estatua inofensiva; el entusiasmo
se encoge de hombros, el desprecio
sonríe quizá por no escupir, la ira

calla, calla muy dulcemente, y se diluye entre las cejas... (Hace trece años que sufrir o esperar es clandestino, que ser un hombre es clandestino, que existir simplemente cae fuera de la Ley). Por eso es uno el golpe y otro el sonido (y el silencio es otro), por eso quería apartar unas ramas, hablarte desde la vida, que es siempre esperanza en el fondo del corazón.

Bien sabes cómo estamos, pero debo, necesito insistir. En la seca desolación, ni llueve; hay poca agua en las ciudades, en los callados campos, poca agua y menos pan, y menos luz, y en absoluto ni siquiera unos gramos de alegría.

Pasarás por las calles; verás máscaras petrificadas en dolor de años, palidez y cansancio; donde no, guardias (ya remendados), negociantes, canónigos un poco vacilantes, como el que va a oscuras, con asombro de que el suelo no se hunda y este ahí. Verás, de pronto, un edificio chato, con olor a zotal, junto al que algunas mujeres están con latas o pucheros; es un cuartel. Las sobras del rancho acuoso llegan aún, a veces, como la bendición de un cura a la larga agonía del pobre, maquinal. Quizá cerca, otra enorme casa de ventanas más tristemente repetidas, lejanas y pequeñas, sobre las garitas del centinela; tras aquellos muros, — hacinados acaso entre asesinos y ladrones, o bien en nichos de «preferencia» (a cuya puerta un perro aullaría de espanto), allí esperan los mejores la libertad.

Pero no ahoguemos la voz en maldición. Salgamos. Mira

a los labriegos empuñando
la manceras o la hoz. Habla con ellos, oye como
piensan. Si la cosecha este año
dará para pagar
multas, abono,
las herramientas rotas, la simiente, el consumo,
el diezmo renovado, la contribución.

Ven, llega
al pequeño taller, a la tienda
de la esquina, al comercio de allá abajo; y
(si no es un ladrón protegido por el Comisario
o el Gobernador)

encontrarás al desdichado
«hombre de orden», al avariento, obtuso
ex-miembro fantasmal
de las Milicias Cívicas
«porque hay que defenderlo poco que uno tiene»,
abatido, pensando
sin entenderlo, por milésima vez, que eso poco
después de todo, se le va, se fué,
porque el pequeño déficit
inyectado, cebado no sé como
en el Banco, ha crecido, se ha hinchado
como si la medusa diminuta
de pronto fuera un pulpo
gigante, absorbedor (en estos pocos años
vertiginosos); «Dios, no se a donde vamos
a parar»; y ahora si lo sabe. Todos
van a parar a un insaciable estómago
de metal.

Entra a los anchos barrios
de los obreros; verás
esas familias mutiladas (alguien
fué llevado algún día
y no ha vuelto; se pudre — muerto
o vivo — en tierra
o entre paredes), o aquellas otras
diseminadas (alguien
huyendo de la muerte
sigue errante, prolonga
tercamente la guerra, o quizá bajo cielos
más libres, labra vida,
y llega, alborotado, el pequeño retrato
del muchacho crecido, o del hombre

que nunca vió a sus nietos, bajo sobres
con sellos de repúblicas lejanas).

Así es.

¿Y los que quedan?

Mujeres

de futo envejecido; niños aún, muchachos,
precipitadamente adultos y endurecidos, graves,
hombres alguna vez

ya maduros en el trabajo, pero
taciturnos y enflaquecidos (alimentados solo
a calorías de recuerdo

y de esperanza, sin vivir),
mientras el tiempo sigue, como un barco
que ensanchará la estela de la ira.

Tal es el triste cuerpo de la patria.

Tal es nuestro paisaje día a día.

Y sobre esa miseria enardecida
la casta de parásitos se extiende.

No es lo mismo decirlo
que verlo a cada paso, a cada hora.

No es igual; porque ese
color sangriento, levemente variable
en el fajín del general, en el manto

del arzobispo, en la piel, misma
congestionada del banquero,

es sangre humana.

No, que ellos no miren
los huesecillos desnutridos

del niño pobre, que no oigan
la tos amarillenta del hombre aquel, que vuelvan

el rostro para no ver; como en la prensa
de un inmenso lagar, un reguerillo

de sangre surte; cada uno
es sangre humana,

es sangre de millones de seres,
es la vida robada. — ¿Oís? — No oyen

aunque lo saben no lo quieren ver

Pero también nosotros
lo sabemos, el pueblo

también lo sabe; ya no sirve
el viejo bálsamo adormecedor,

con patente de Roma y fabricación nacional
al por mayor, de: «Hay que tener resignación,

**el mundo, pobrecillos,
es un valle de lágrimas.**

No lo será.

Todos saben por quien.

Y esto es lo que quería decirte, camarada.

Hay sufrimientos, pero también hay lucha.

Sacude la miseria

un oleaje de puños que no cejan; sobre las ruinas

amanece una roja, creadora esperanza.

Y en ella estás. Eso quiero decirte

ante todo. Que eres

la combustión central de la esperanza.

Alegra hoy, engrandece

tu noble corazón, porque en esta ancha tierra

que es la tuya, no, ya no somos miles

ni decenas de miles tus camaradas, más

(desde Galicia

que Gayoso sembró, hasta Cataluña

que no quiere ni puede olvidar, desde

tu Asturias roja y llameante,

desde Euzkadi de hierro a Extremadura, en pie

de hambre, a Andalucía clara, como nunca

en el dramático esqueleto de su voz),

somos, escucha, un pueblo entero, unido,

somos un corazón

en millones de pechos, volvemos hacia ti

en millones de miradas, apretamos erguidos

hoy millones de puños en un solo clamor.

Y tu vida, la vida del Partido

arraiga, es fuerza pura

de una invencible primavera, llega

con igual fuerza donde llega el mar.

Y aunque en la noche con frecuencia estamos

mutuamente solos, cada uno

con su secreta luz, basta

un retazo de vida, un momento, un fulgor

para de pronto estrechar al amigo,

al compañero, al camarada, unidos

en una misma fe y una alegría.

Y entre tantos, como un presentimiento

de una sola, compacta firmeza,

de una inmensa esperanza total, abarcadora

del mundo entero. Como nuestras vidas

es la de España, y la de más allá. Todos

en cada uno, y nadie
si no es con todos.

¡Camarada, salud!
No descansaremos hasta que llegué el día.
No quisiéramos morir sin verlo.
Pero sonreiremos a la muerte
si nos enfrenta por hacerle llegar.

HIROSHIMA

por Carlos PUEBLO

Pensemos en una ciudad
entre la noche y la mañana.
Amaneciendo junto al mar.
Casi dormida, o desvelada
aquí y allá en lo más sensible:
un niño llora, una ventana
se enmarca en luz para el trabajo,
en una calle quizá pasa
un hombre, un carro... Los caminos
traen solos la madrugada.
Sin duda el país está en guerra.
Sin duda alguien no descansa.
Quizá en el muelle se amontonan
para el soldado telas, latas
de sardinas, fusiles nuevos;
quizá en una plaza se alza
un cuartel, o en los barrios pobres
de las afueras, una fábrica
de máscaras, o de tejidos,
de ruedas de autos, o de planchas
especiales para el blindaje.
Todo eso entra en la balanza.
Pero mirad los dos platillos.
Imaginad miles de casas.
Una ciudad es así: tiene
cinco cuarteles, cuatro fábricas,
y veinte D.C.A. Junto a ellos,
hay cien mil madres, dulces, grávidas
de niños (en el vientre, al pecho,

de la mano, cuando ya andan,
cuando van a ir la escuela...),
hay cien mil vidas que se apagan
en las largas tardes, al sol,
que ya solo luchan... con lágrimas
por el nieto o el hijo muerto.
Hay miles y miles de almas
arracimadas a una vida
de trabajo y paz, cotidiana.

Y en este momento despiertan.
En este momento se alzan
las medusas de las sirenas,
en el terror petrificadas
y en el zumbido. Se alzan, corren
a los refugios. Gritan, llaman;
apresuradamente extraen del sueño
niños y ropas. Llegan, pasan
atropellándose a lo oscuro.
Se aprietan y rezan. Y aguardan.
A varios miles de kilómetros
hay un hombrecillo con gafas
algo intranquilo. ¿Está bien hecho?
¿Cabe una ira tan sagrada?
Lo más malo que ellos han hecho
(tener una industria barata,
en competencia con la nuestra)
¡Muertos de hambre, piojos de Asia!
¿Querían copar nuestros mercados?
¿No han atacado por la espalda?
Además, en último término
¡ni son gente de raza blanca!
son casi igual que sucios negros!
¡Ea, ya está hecho! A ver qué pasa.
Lo que ha pasado no se puede
contar. No hay lengua, no hay palabras
para decirlo. Al lado de esto
hablar de infierno es decir nada.
Pensad una ciudad enorme,
alejada de la batalla:
Miles y miles de muchachos,
miles y miles. Sí, pensadla.
Jóvenes, madres por decenas
de millares. Y una infancia

de colmenar innumerable.
Y la ternura algo beata
y temblorosa de los viejos
y las abuelas. Sí: pensadla...
y despensad, que ya no existe.
Ya es una sola llamada.
Humo, silencio sin oídos.
Despellejada luz amarga,
Como obra de ricos, cifrémosla,
haciendo una cuenta sumaria,
en grandes números. Es eso:
una operación de Finanzas.
Ved. 17.000 personas
son nada más aire, quemadas
(y vergüenza en ti, si eres hombre).
45.000 aún tardan
horas inmensas en morir:
(son cuerpos negros, grieta y llaga,
que ulula y arde y agoniza).
65.000 alargan
la muerte en días lentos... lentos...
(¡oh, San Lorenzo, broma cándida!);
65.000 ardiendo
en la parrilla americana,
para adobar la succulenta
cena del Club: días, semanas,
sin piel primero, luego sin
manos, sin piernas; sin entrañas
finalmente, y la paz se firma.
Toda una Paz Americana.
129.000 muertos.
Más 18.000 que se arrastran
sin todo el cuerpo, para siempre.
Y 80 000 feroces camas
todavía muerden, clavan, quemán
en la sufriente carne humana...
Hiroshima. Sólo un recuerdo.
(El hombrecillo de las gafas,
ni lo recuerda. No hace mucho
discurseaba, en propaganda
«anti-totalitaria» el trémolo
de moda: Guernica arrasada,
astutamente, entre el Kaytin

del mito y una pobre Holanda
de retórica. Nobles nombres
llevando del brazo al fantasma
de la calumnia). Y la victoria
de Hiroshima, por bien ganada.

Sólo recuerdos, en un mundo
con la memoria recargada.
Pero la vida no es recuerdo.

Y nuevamente la amenazan.
El hombrecillo, hablando a la orden
de los chacales de ancha garra:
«Lo volveré a ordenar de nuevo»
acaba de decir. ¡Acaba
de decirlo! En contra de un mundo
que trabaja por la paz, que ama
la paz sobre todas las cosas,
construyéndose cada jornada.

¡No, no es un recuerdo Hiroshima!
Está en tu país, en tu casa,
en Madrid, en el jardín mismo
de tu niñez, está en la Plaza
de Cataluña, junto al Kiosco
donde compras cada mañana
los periódicos, en tus manos
que querrán paz aun hechas llamas,
está en la frente de tu madre,
sobre los labios de tu amada;
Hiroshima está en los juguetes
de tus hijos, va a estar al alba
de algún día tuyo, suyo y nuestro;
está Hiroshima donde estaban
Paris o Sevilla o Florencia,
está en tu carne, está en tu alma.

Hay que detener a la muerte.
Hay que acallar esa amenaza.
Hay que demostrar que la Historia
la rige el Hombre, y no la rabia
de negreros que ven hundirse
sus colonias dolarizadas.

(También lo digo, americano,
por ti. Piensa cuál es tu patria).
Todos unidos venceremos.

No volverá a estallar un alba
como la que borró Hiroshima.
Todos unidos, mientras canta
la voz del hierro en construcciones,
la voz del trigo en la llanada
de una serena luz fecunda.
Un mundo nuevo en paz se alza.
La libertad está llegando.
En lucha honesta, en paz. El hombre
hará surgir la aurora humana.

ODA ESPAÑOLA A DOLORES IBARRURI

1949

*Madre nuestra, panal, vena de fuego,
amapola del héroe, guerrillera...*

Al alba va la noche del destierro, ascendiendo
como un bosque que emerge del mar y se ilumina,
y otra vez mi canción sale a buscarte,
camarada,
sobre un vuelo de garzas y un sueño de volcanes,
a través de las selvas, la pirámide, el viento,
la tropical orquídea,
las prisiones de España.
Triste ha sido, y aún duele, la estación de la ausencia,
sus largas galerías donde el sueño
cavó profundas ansias:
han crecido las horas como secos racimos
que exprimiera una garra codiciosa;
un oscuro rebaño de nubes terrenales
enturbió nuestra frente,
pero más alta ardía la llama que alimenta,
con tu acendrado ramo, Dolores, la esperanza,
y supimos ser rocas,

hielo, lava, pasión que va contando
 sus impulsos y sabe
 que del más entrañable brotará el resplandor.
 Ya ascendemos, ya alcanza la luz a nuestros ojos,
 y otra vez mi canción nace, te busca,
 camarada,
 sobre ardidas ciudades sin ríos, sin olvido,
 entre audaces guerrillas y amenazas
 atómicas,
 porque has vuelto a la vida,
 madre nuestra,
 porque has vuelto a la vida
 y un fulgor vegetal de abril naciente
 me inunda, está inundando la tierra que no piso.
 Pero ahora — ¿me escuchas? — no es mi voz solamente
 la que el aire traspasa y llena el aire
 de sonidos de amor como alamedas:
 es también otra voz, son otros hombres
 los que van a cantar: tus camaradas,
 el conmovido ejército del trabajo, oprimidos
 y explotados, pilares
 de la revolución,
 y junto a ellos
 el pueblo del martirio, la Península invicta,
 varones de alma intacta, claros jóvenes,
 la madre campesina que lloró hasta secarse,
 el niño que ha jurado vengar a sus mayores.
 Es el pulso de un mundo que se yergue entre hogueras,
 es la voz que te aclama y se enardece
 porque has vuelto a la vida,
 firme hermana.
 te incorporas de nuevo, nos conduces, diriges
 nuestra sed a la raya donde late el triunfo.
 ¡Qué aliento de campanas o pájaros gozosos!
 La muerte quiso asirte, te acechaba
 junto a las horas, bajo el polvo, iba
 buscando por tu cuerpo las antiguas heridas
 no cerradas, por donde
 penetrar, rayo frío,
 pero ignoraba que eres fuente y brotas
 vida a raudales, savia
 ardiente, juventud que no anochece,
 y el golpe se estrelló contra la rosa
 roja
 de tu indomable estirpe proletaria.

¡España te esperaba, España ardiendo,
desangrándose, en pie, sobre gemidos!
¿Cómo habías de faltar para ese instante
en que España será clavel y aurora
con un aroma que jamás emigra?

II

Y te vimos entonces caminar a una tierra,
a un refugio sin sombras en que el hombre forjara
la primera morada sin esclavos:
techo, escudo, rosal, colmena, alcázar
donde se quiebra la perfidia, donde
rueda herido el chacal de áureos colmillos
e irradia el fuego generoso
que al mundo del dolor levanta: allí,
Dolores Ibarruri, hallaste espacio
para erguir tu estatura adolorida,
allí el agua que anima el labio roto,
una densa arboleda de brazos fraternales,
el amor, las banderas, allí el sueño
inmortal de Rubén, niño y soldado,
queriendo su laurel ceñirte al pecho,
su espada no marchita, su bravura española,
retoño de tu entraña, entre los bravos
que salvaron al mundo, del escarnio y la llaga
bajo el glorioso sol de Stalingrado.

¡Ay, corazón del ámbito soviético,
de acero como Stalin, de viriles
ternuras, deja que a tus bordes llegue
para cantar tu joven existencia
que ya parece contener cien siglos
de madurez heroica, de radiantes cosechas,
destellos que en el hombre jamás se abrieron, altas
columnas vigilantes!

Cortar quiero
la rama constelada en primavera,
las pulpas del estío, el cristal solitario
que entre las venas de la tierra duerme
y conducirlos a tu orilla. Pobre
será la ofrenda, porque has dado
un nuevo cuerpo al mundo, al hombre un alma niña
y a la insaciable soldadía un páramo
donde esconder sus pálidos venenos.
Veo tu infancia, martillo y hoz labrando
la palabra de Lenin como harina

o centella,
el hambre, el sacrificio, las proclamas,
tu casa rodeada de bestias rencorosas,
que amagan con su hocico la esbelta flor de Octubre.
Veo tu espalda después alzarse, el humo
juvenil de tus fábricas,

II
tus estepas surcadas de tractores y cánticos,
tus minas, tus escuelas, tus jardines
y un bondadoso rostro en la penumbra
que sonríe al horizonte mientras llena su pipa.

Oigo el agua cantar sobre tus presas,
tu semilla de paz hendir la tierra
más allá de fronteras y de reinos,
la sangre de tus héroes cuajar en cordilleras
para cerrar el paso al odio nazi,
el palpar nocturno de Leningrado, el himno
sobrehumano de Odesa. Oigo, escucho
la pisada gigante del Ejército Rojo
liberando regiones, llevando espigas libres
a la boca oprimida, el asalto postrero
en Berlín, la diadema
solar de la victoria.

III
¡Ay, corazón
del ámbito soviético,
corazón de la paz, óyeme, acoge
este corazón mío que no puede
llegar a ti, cantar tan firme gloria,
estrechar esa mano como un pétalo inmenso
que ha vencido el dolor de Pasionaria!

III
Pero yo te recuerdo, Dolores, una tarde
en Madrid, en el frente: era el otoño, había
un miliciano muerto entre los árboles,
dorada la cabeza de luz. En las orillas
del Manzanares resonaba el plomo
de la traición: por tus pupilas
vi cruzar un destello de ternura y coraje,
de fe, la imagen malherida
y apasionada de la España en armas
que buscaba su ser sobre cuchillas
de perjurio.

Como un metal insigne,
más allá, tu palabra se encendía
ante las sombras próximas, prendiendo

las ascuas del arrojo entre las filas
leales, y tal vez aquella noche
una congoja lívida
pobló tu soldad y tus entrañas
porque en tu carne de mujer morían
aquellos hijos que a la tierra daban
el sueño de una patria florecida
sobre escombros feudales.

Relámpago y caricia,
paloma y águila, bandera
de la vida
en la muerte, Dolores, fuiste, blando
vendaje en las heridas,
amanecer de un pueblo que no cesa
de crecer, como un tallo, en su agonía,
persiguiendo la forma deslumbrante
que asume el pan y exalta la justicia.
Quien vio entonces tu frente cereal, tu pañuelo
aldeano en el cuello, tu sonrisa
olorosa, y oyó tu voz de junio
en plenitud, ¿cómo podría
olvidarte, olvidar nombre y sustancia
del pueblo, pueblo nuestro, España mía?

Y te recuerdo en Málaga cercada,
en Málaga industrial y marinera,
alga, nardo y limón, Málaga rota
por las ciegas medusas de la guerra,
y en el Norte acosado, en los caminos
de Trijueque y Brihuega
adonde las veloces legiones de la loba
fascista no encontraban tierra
para huir; en Brunete una mañana
jubilar, las banderas
de las Brigadas Internacionales
al aire junto al Quinto Regimiento; en la Muela
de Teruel, en Belchite,
en las riberas
conquistadas del Ebro, puente y hombre
naciendo del disparo; en las morenas
hazas de sembradío, entre labriegos
de retama; a la vera
del horno y del taller;
en las escuelas
junto a un coro de niños, panal tierno

tus manos en su sien.

¡Brasa y estrella,

fusil y acorde, muro
a la infamia, regazo a la inocencia
supiste ser en esos días! Ninguna
voluntad más de piedra,
árbol tan rezumante, más sensible
compañera.

Quien vio tu efígie de enlutado bronce,
tu planta recorriendo las trincheras,
tu caudal ademán, nunca ha podido
construir la lealtad sin tu hermosa materia.

IV

Aquella España vive, emerge, suena
en la noche sangrienta, se debate
dentro de sus fronteras, por el mundo
lejano, valles, islas, hemisferios, parajes,
bajo el yerto dogal o dondequiera
la tempestad le deja reagrupar sus naves.

Aquella España vive, clama, irrumpe.

¿No la ves revolverse como un toro en el aire?

El puñal, la ponzoña, los viscosos

tentáculos de la Falange,

los mercenarios del tirano, esbirros

de hiel, de pus, de cieno, las torturas, el hambre

no han conseguido aniquilarla: cada

mañana el negro pelotón abate

un puntal de la patria: sin embargo

el pueblo crece, crece, de su sangre

crecerá hasta los cielos. Cada hora

la tenebrosa boca de una prisión se abre

para tragar un cuerpo: vibra, ruge

sin embargo el combate

y la batalla extenderá su bruma

de cumbre a mar, por peñas, surcos, calles.

No hay herida que España no padezca

ni casa donde a Franco la maldición no alcance.

Maldice el campesino que el buen sudor del año

ve perderse en las uñas del pillaje,

el jornalero sin trabajo, el mozo

sin pan, el estudiante

que el aula halla invadida

de turbios sacristanes;

maldice el molinero, la novia y el mendigo,

las riberas sedientas, los hogares
abandonados, mientras
los jerarcas engordan, roban los generales
y el collar de la patria va cayendo en las arcas
extranjeras.

¡Que nadie,
a pesar del tormento, la ignominia,
el desastre,
nos entregue una lágrima funeral: de la muerte
amanecen los héroes, y en balde
acude Wall Street con su pezuña
a sostener la podredumbre: alzarse
logrará España, un alba
cercana, como un cráter
furioso, y tanto fuego lanzará, que ni el llanto
erguido de los mares
ha de apagarla, hasta que el crimen
entre sus lenguas de justicia acabe!

¡Ay, patria, patria hundida, aspera patria
de junco y berrocal, de azogue y trigo,
alta sobre tus sierras venerables,
derramada en tus costas como un dulce suspiro;
patria que el rey poeta cantara en sus loores
briosa de oro y lino,
de caballos y óleo, de frutales
y azafrán, guarnecida de castillos,
como entonces, por un traidor se vende
tu ardiente piel de toro a los bandidos
y en ella clavan su color extraño
cautelosas enseñas!

No hay castigo
bastante para el torvo brazo
que desmembra tu orgullo, y al gangster y al ofidio
del dólar abre el litoral, las hojas
del espacio, las rutas, la fortaleza, el nido.
Pero tú, patria, sabes declinar ese nombre
que fulgura en el pecho de tus hijos,
tú sabes avanzar sobre el espanto,
hacer del tiempo un filo
con que romper el mal, y cuando suene
la postrera explosión y hacia tu íntimo
despertar vuelvas, no habrá un cielo
más alto ni más limpio
que el tuyo, no habrá un pueblo que el derecho a la vida
haya ganado con tan noble ahinco.

**Y tú, Dolores, hálito, simiente,
que en los ojos repites el vellón del anhelo
y a esperar nos enseñas, a cubrir esta tregua
con las armas que nunca perecieron;
tú, Dolores, efluvio
incesante, raíz, ala, sendero,
mira cómo te esperan y te llaman los nombres
perdurables de España. El Pirineo
sus hombros milenarios levanta, y a su lado
las broncas latitudes, las gargantas, los puertos
se estremecen.**

**Te llama el roble astur,
la encina castellana, el olmo abuelo,
el olivo andaluz, campiña y monte,
los álamos del Duero
por donde Myo Cid, como nosotros,
cabalgó con sus gentes al destierro;
las brunas lejanías que el Guadiana cruza
con aquel grave y loco caballero
que aún busca por la tierra la justicia
que a su pueblo
le niegan.**

**Oye cómo
te llaman los naranjos de Valencia, los huertos
en flor de Murcia, los costados
patriarcales del Ebro
donde Aragón y la Rioja beben
el legendario vino de los siglos primeros;
los caseríos de Vasconia, el tibio
rincón donde te vieron
crecer, poblada ría de Bilbao, el Cantábrico
de cincelada espuma y cristal terco;
la minera región de Asturias, mármol
en que el valor esculpe sus linajes obreros;
los hórreos de Galicia, vastas urnas
de niebla y llanto; el respirar eterno
de ambas Castillas, de León, Zamora
dormida bajo el alma troncal del Romancero;
Soria la numantina donde Antonio
Machado conjugó pasión y ensueño;
la ecuménica voz de Salamanca,
el pastor extremeño,
mastín y soledad; la música fragante**

de Cataluña, Tarragona en medio
de sus romanas quintas, Barcelona
bucólica y fabril,

y al otro extremo,
al sur, Guadalquivir, cisne lunado
que en campo verde a blancas casas pasa ciñendo
el plumaje, Jaen de aceite y jara,
Córdoba de jazmín y de silencio
y Sevilla, la vela perfumada, la torre
aljamiada, los mirtos, la guitarra, el lucero,
y el mirar diamantino de José Díaz buscándote,
buscando la victoria de su clase y su pueblo.

Por ti, Dolores, el Moncayo adusto,
Sierra Morena, vértebra de Andalucía, Gredos
caprina y matronal, los torreones
de Urbión y del Veleta, Gaudarrama de gélidos
pulmones, Monserrat, los Picos
de Europa, Somosierra, los Montes de Toledo
desperezan su frente azul.

Por ti
la comarca, el molino, la lluvia y el enebro,
el zagal de las yuntas, las acequias huertanas,
el establo, los carros trajineros,
la hierba, los peñascos erigidos
en grises guardianes, la vereda, el romero,
las uvas del lagar, las espadañas
de los arroyos, su rumor más tierno
dejan oír.

La luna entre roquedas,
la luna enrojecida de los yermos
y la que vio en Granada a Federico
García Loroca de niño y ruiseñor; el brezo,
la abeja del afán, el rocío, los breñales,
el campanario ensimismado, el vuelo
de los tordos, la estela del amante,
geranio y recental, lirio y almendro
y el pinar erizado de luz alta
y la humildad del cementerio
y la barca en la playa, fatigada de rumbos,
por ti unen el tiemblo
de su voz.

En la fragua, sobre el yunque,
las manos forjadoras del herrero,
el albañil que ordena los adóbes,

ante la blanca artesa el panadero
y entre sus redes, al sacar el copo
el jabegote y el marengo;
el pintor que al color sujeta el rostro
de lo percedero,
y el poeta que inventa o resucita
la palabra soñada por su verso;
menestrales,
mecánicos, peones, el minero
junto a la oculta vetá, la muchacha
del telar y la aguja, el carpintero
trasminando el olor de la resina,
el profesor, el músico, el sabio, el ingeniero,
el que mueve el taladro
y el que da al laboreo
de los campos
el apretado grano del provecho,
todo el sudor fecundo, todo
el esfuerzo
creador de nuestra España, por ti, Dolores, rompe
sus cadenas, te llama, transido de desvelo.

VI

¡Corola maternal, palma encendida
que en tu altura atesoras todo el sol de la patria!
Bajo tu frente surge el insumiso,
crepitan los valientes, dura ráfaga
que al verdugo destruye uña a uña: inflamados
obreros, artesanos rebeldes, la abrasada
penumbra de los presos, los que peñan
en el trabajo culpas de inocencia, su larga
pesadumbre cambiando en sordo ímpetu;
los guerrilleros, esa altiva raza
de leones del risco.
La garganta
se me nubla al nombrarlos.
¡Huracanes
de las crestas indómitas, las plantas
os sangran ya de construir peldaños
para la libertad! Os di la infancia
de mi canto al sonar vuestros clarines
anunciando el principio, las jornadas
que ya no han de cesar, y ahora os entrego
su madurada sangre.

Capitana

de guerrilleros tú, Dolores, llevas el pelo entretrejado con guirnaldas silvestres, con el aire puro de las montañas que al gusano entorchado, al señorito asnal, al fraile, oponen sus almenas.

Te aman los mejores soldados.

Con tu insignia de cinco puntas en el alma, a combatir se fueron junto a los tanques rojos, sobre la nieve calcinada, cuando la cruz siniestra enceguecía la tierra de ruínas y de lágrimas, los mismos que en el Alto del León y en el Cuartel de la Montaña el estandarte del honor pusieron, aquéllos que en los campos alambrados de Francia aguantaron la injuria, la miseria, el piojo gendarme, la arena funeraria que luego devolvieron en trofeos luminosos desde el maquis, desde el desierto, desde las plazas de París.

Fueron a los frentes donde la muerte, hueso pardo, se burlaba de los puños unidos: allí dieron sus trabajadas fibras: ignoraban que después, al final, el honorable demócrata, entre un whisky, un week-end y unas regatas, olvidaría una palabra casi perdida bajo el llanto: España; pero supieron antes dónde el signo del hombre su pólvora aguardaba, pero no habrá memoria que oscurezca su sangre, pero abrirá la sangre cauces hondos, y el águila española a sus cimas volverá.

Con tu nombre, Dolores, en los labios, cayó la inmensa caída comunista de nuestros héroes, Pepe Díaz, Checa, Girón, Diéguez, Asarta, Cristino, Ramón Vía — ¡la pena no me deja seguir! —, Barneto, Sánchez, Ascaño, Larrañaga, Mesón, Bolívar, Arrarás, Gazorla

—¡ay del hermano que al hermano llama
tras lo inerte!—, Alemany, Cabrales, Girabau,
Garcés, Roza, Zoroa, Gayoso, tantos, tantas
murallas del Partido que rindieron
sus ramales de piedra en la vanguardia,
ante el dolor o en la contienda: olas
de un infinito océano, fragancia
que llevaremos para siempre viva
en nuestra carne, en nuestros huesos, hasta
mudarla en hontanar de linfas vírgenes
que calmen las arterias febriles de la patria.

VII

Sobre ese ingente túmulo de amados testimonios,
decapitadas lanzas que aun en lo aciago vibran,
como un arco de dones se define tu emblema,
las letras capitales, Dolores, la vertida
copa de tu programa,
que al español del duelo promete nueva vida.
Nadie unió en la distancia más virtudes en una,
nadie supo acercarse con caricia
más recta al pueblo.

Tierra: la tierra al campesino

pobre al bracero que se humilla
sobre el terrón: aperos en sus manos,
máquinas y semillas.

No tendrá hartura ni reposo España
si el latifundio no se reparte, si la espina
terratiente no se arranca.

La tierra al campesino pobre. Limpias
serán entonces las recolecciones,

las sementeras granarán tranquilas,
el erial su vientre descubrirá al arado

y habrá un velo de oro caliente en las barcinas.

No tendrá hartura ni reposo España
si el tesoro esparcido de la nación no torna

a ser suyo, seguro patrimonio
popular: la paloma

del mensaje, los nervios ferroviarios,
el yacimiento mineral, las zonas

industriales, las quillas de la riqueza, vuelvan
a su dueño, al país.

Que un cayado de rosas
tenga el sufrido; la viuda, el huérfano,
la víctima del amo, que soporta

el desgarrón, recobren la alegría
que les robó la negra gavilla asoladora
de Falange. Que un haz de frutos reine
sobre el hombre del torno, la barrena y la tolva.
¡Libre el preso, la escala del pensamiento; libres
los pueblos que en el mapa se abrazan, sus idiomas
y tradiciones: Cataluña, Euzkadi, Galicia,
libres; libre el creyente, su plegaria, la Tosa
del fanático lejos.

Sea la hueste
militar, comandantes y soldados, rocosa
ciudadela, bastión del pueblo, como aquellos
valientes del Jarama, de Quijorna,
de Pozoblanco, como las guerrillas,
hierro que no perfora
la felonía, recinto
donde puede la patria ceñir frescas coronas.
De un límite a otro límite,
de una costa a otra costa,
como mejilla adolescente, el suelo
peninsular un lampo perpetuo de amapolas
será, Dolores, cuando los seis certeros dardos
de tu palabra escrita rompan
la diana cobarde:

de nevada esmeralda, rumorosas
noches han de volver entre los nudos
de las nuevas faenas; en las frondas
rurales habrá un trino
por cada cúpula, por cada estrofa
terminada; un acento laborioso,
una emoción, un ritmo de estupor en la obra
común modelará la estatua
del ser que encarne y cumpla a España heroica,
¡Oh, el nuevo ser de España revelado
por las manos recientes de la paz victoriosa!

VIII

Pero la paz, Dolores, la paz del mundo tiene
cuerpo y alma dolientes: tú nos llevas
a levantar su denigrado torso
con las venas
del torrente, las madres angustiadas,
las muchedumbres que condenan
el delirio ordenado de la muerte,

planificados crímenes.

Las hienas

millonarias, los cínicos
traficantes de armas, el que alterna
los ensayos de bombas contra niños
con la lectura de la Biblia, tiernas
panteras que la zarpa disfrazan con balidos
de la cultura occidental; la empresa
del látigo, los trusts, los buitres de la banca,
la segur financiera
y el que amontona dólares sobre el lomo del negro
que sigue esclavizando, y el que juega
a la bolsa las túrdigas del pobre,
y el mercader de carne obrera,
de nuevo quieren, con la bendición
de Pío Doce, desatar la guerra:
de nuevo quieren, rediviva svástica,
azuzar sus jaurías contra la Unión Soviética,
contra los que edifican en Europa una vida
sin codicias, sin lepra
marshallizada.

Quieren

que la España del yugo y de las flechas
refuerce su cruzada de caimanes, conquistan
con divisas sus plazas fuertes, sus vías férreas,
sus aerodromos, y el rifeño
usurpador y sus lacayos dejan
que los de Santiago de Cuba y de Cavite
resuciten la afrenta,
mendigan en el Pacto del Atlántico
un galón de asistentes, un hacha, una almoneda
donde vender los últimos
retazos del país, su independencia.

¡No encontrarán cuchillo!

No saldrá de la grieta española un voluntario,
divisiones azules, homicidas que marchen
hacia el incendio: amamos,
no iremos contra el beso de la madre, no iremos
contra los sueños koljosianos,
contra el laboratorio de Lisenko,
los prodigiosos brazos
del stajanovista,
la armadura y la risa del héroe staliniano.
¡Ni una brizna al perverso, ni un dedo en su herramienta!
Nos enciende la paz, nos congregamos

por la paz, nuestro espejo
es la paz.

Por su tirso de sosegados pámpanos
se agitan los pastores de Albania, el petrolero
de Rumanía, el periodista checoslovaco,
los jardineros búlgaros, el viejo
segador de Polonia; en China Mao
Tse Tung vence, destruye cien dragones; resiste
el patriota griego, los once condenados
de Norteamérica, los brasileños
de Prestes, los chilenos del cobre y del nitrato,
el español endurecido
en la refriega y el estrago.

Por el cielo, de esquina a esquina de la tierra,
corre un grito, un planeta de gritos, un humano
universo buscando la paz, la paz ganada,
la paz que quiere arrebatarnos
el obcecado y el maldito.

Pa
exige el seno grávido
de la maternidad, paz necesita
la juventud, el germen, lo increado
que ya en el polen se insinúa.

Luçe
la paz el nimbo fértil de los nuevos veranos,
posa en el lecho de los justos, sube
de los veneros diáfanos
de cada ser en donde la escudada prudencia
y el rayo del valor se han enlazado.

Ennoblece la paz: potente y dulce,
igual que la corriente ceñida en el remanso,
es pausa que se llena de rumores felices,
es abierta granada para todos los labios.

Hacia la paz, desnudos peregrinos
sobre una arcilla hostil, van nuestros pasos,
y el velado semblante de la paz cambiaremos
en resplandor que ahuyente la sombra del malvado.

IX

Desde América, alturas fulgurantes, estuarios,
ceibas, indios nostálgicos— ¡ay, México entre espadas
de magueyes y milpas, tan mío ya! —yo dejo
este ronco coral, Dolores, en las gradas
del viento para que golpee sobre las puertas
que cerró la crueldad o la ignorancia,

para que lo recojan los sedientos,
los niños, las mujeres enlutadas
por la guadaña de la guerra,
para que llegue al calabozo, al obrador,
a la parcela, al muelle, al arrabal de España.
Allí tu nombre y mi canción serán
no sílabas caídas o notas asordadas
de capitulación: firmeza, sí,
firmeza y certidumbre en la batalla
final que ya se anuncia.

He cantado

los amorosos seres que te guardan
fidelidad, Dolores: diré ahora
tu amor por ellos mismos: escogeré una página
del abnegado libro en que perduras
y habrá un trueno de júbilo al mostrarla;
recordaré tus ojos siguiendo al despojado,
reanimaré tu verbo que flagela y restaña,
y seguiré cantando, cantando largamente,
porque has vuelto a la vida, camarada,
porque has vuelto a la vida, y otra vez en tus manos
nuestra roja bandera se estremece y se inflama.

¡Multiplicados bronces celebren tu retorno!

¡Tu edad, de eternas hiedras corone la mañana!

Desde América, asilo
de desterrados, fragua
de promesas y augurios militantes, yo espero,

Dolores, tu llamada.

¡Contigo, junto a ti, hacia la cumbre
donde ya se columbran las murallas
de la República!

Tú asumes

nuestra fe, tú la elevas como esculpida llama;

tú nos devolverás pan y alborozo,
tú nos darás de nuevo letra y casa.

¡Contigo, junto a ti, el alma henchida
de cumplidos deseos, sobre el haz de la patria
rescatada a la muerte,

de una etapa a otra etapa
fecunda, hacia la aurora socialista;

hacia la multiforme rosa humana,
donde el hombre por vez primera encuentra

la raíz de su sangre libertada!

Escucha, madre. Escúchanos. No acierto,

no puedo dominar ya tantas ansias. Aquí me turba la emoción, aquí mi canto cede, pero, como la mar, no acaba: ¡la esperanza española tiene un nombre: Dolores, y un nombre la victoria del pueblo: Pasionaria!

A MIGUEL HERNANDEZ, ASESINADO EN LOS PRESIDIOS FRANQUISTAS

por Pablo NERUDA

Llegaste a mí directamente del Levante. Me traías, pastor de cabras, tu inocencia arrugada, la escolástica de viejas páginas, un olor a Fray Luis, a azahares, al estiércol quemado, sobre los montes, y en tu máscara la aspereza cereal de la avena segada y una miel que media la tierra con tus ojos.

También el ruiseñor en tu boca traías. Un ruiseñor manchado de naranjas, un hilo de incorruptible canto, de fuerza deshojada. Ay, muchacho, en la luz sobrevino la pólvora y tú, con ruiseñor y con fusil, andando bajo la luna y bajo el sol de la batalla.

Ya sabes, hijo mío, cuánto no pude hacer, ya sabes que para mí, de toda la poesía, tú eras el fuego azul. Hoy sobre la tierra pongo mi rostro y te escucho, te escucho, sangre, música, panal agonizante.

No he visto deslumbradora raza como la tuya, ni raíces tan duras, ni manos de soldado, ni he visto nada vivo como tu corazón

quemándose en la púrpura de mi propia bandera. Joven eterno, vives, comunero de antaño, inundado por gérmenes de trigo y primavera, arrugado y obscuro como el metal innato, esperando el minuto que eleve tu armadura.

No estoy sólo desde que has muerto. Estoy con los que te

buscan. Estoy con los que un día llegarán a vengarte.

Tú reconocerás mis pasos entre aquellos
que se despeñarán sobre el pecho de España
aplastando a Caín para que nos devuelva
los rostros enterrados.

Que sepan los que te mataron que pagarán con sangre.

Que sepan los que te dieron tormento que me verán.

Que sepan los malditos que hoy incluyen tu nombre
en sus libros, los Dámasos, los Gerardos, los hijos
de perra, silenciosos cómplices del verdugo,
que no será borrado tu martirio, y tu muerte
caerá sobre toda su luna de cobardes.

Y a los que te negaron en su laurel podrido,

en tierra americana el espacio que cubres

con tu fluvial corona de rayo desagrado,

déjame darles yo el desdeñoso olvido

porque a mí me quisieron mutilar con tu ausencia.

Miguel, lejos de la prisión de Osuna, lejos

de la crueldad, Mao Tse Tung dirige

tu poesía despedazada en el combate

hacia nuestra victoria.

Y Praga rumorosa

construyendo la dulce colmena que cantaste.

Hungría verde, limpia sus graneros

y baila junto al río que despertó del sueño.

Y de Varsovia sube la sirena desnuda

que edifica mostrando su cristalina espada.

Y más allá la tierra se agiganta,

la tierra

que visitó tu canto, y el acero

que defendió tu patria está seguro,

acrecentado sobre la firmeza

de Stalin y sus hijos.

Ya se acerca

la luz a tu morada.

Miguel de España, estrella

de tierras arrasadas, no te olvido, hijo mío,

no te olvido, hijo mío!

Pero aprendí la vida

con tu muerte: mis ojos se velaron apenas,

y encontré en mí no el llanto

sino las armas

inexorables!

¡Espéralas! ¡Espérame!

México, dic. 1949.